

Lo que puede un “organismo”

Las fuentes y las condiciones de la anarquía

*No sabemos lo que puede un cuerpo.
Spinoza. Ética (Libro III, prop. 2, escolio).*

Legado al término de este libro, quisiera hablarle directamente al lector preocupado por tener que enfrentarse de nuevo a un largo capítulo, y no necesariamente el más sencillo. Me gustaría decirle, siguiendo a Sade y en consideración del penoso esfuerzo que se le exige: “¡Lector, un esfuerzo más si quieres convertirte en malatestiano!”.

Cuando Malatesta señala cómo, desde su punto de vista, el folleto *La anarquía* es el mejor de sus escritos,¹ ofrece una indicación importante sobre lo que hay que esperar de él. Para comenzar, sobre el fondo, sobre la Idea: lo que percibió entonces con agudeza y de manera suficientemente teórica y fundamental, para obligarse enseguida a largos desarrollos antropológicos, éticos, etológicos, filosóficos —¡casi una tercera parte del folleto!—. Desarrollos compactos y a menudo elípticos,² pero que erraríamos en ignorar o en considerar como caducos e inútiles, cuando constituyen sin duda —en el terreno del pensamiento— la fuente más viva y determinante del anarquismo de Malatesta. Es al menos lo que este último capítulo quisiera establecer, con la tristeza de no poder ir más lejos, como el texto lo justificaría, atrapado entre la necesidad de no desanimar al lector y convencerlo de aceptar tomar en serio los textos del anarquismo obrero, de admitir su riqueza teórica con todas las dificultades de lectura y comprensión que una complejidad como esa no deja de provocar.



Lo vimos en el capítulo precedente. Para Malatesta —desde el punto de vista del “individuo”, de su “organismo”, y de manera vertiginosa—, el “medio exterior”, es decir, el “modo de ser” de la humanidad (26), opera a partir de dos grandes polarizaciones que se encabalgan, pero que nunca dejan de ser distintas: a) una polarización espacial o geográfica, de lo más lejano a lo más cercano, de lo más grande a lo más

1 Gaetano Manfredonia, *La pensée de Malatesta*. Éditions du Groupe Fresne-Antony, 1996, p. 19.

2 “Non occorre indagare in queste pagine, e non potremmo per ragione di spazio, quanta parte hanno rispettivamente nell’evoluzione del regno organico questi due principii della lotta e della cooperazione” (*La anarquía*, p. 24). [Para las referencias al texto de Malatesta, remito a una versión accesible en internet: L’anarchia. www.liberliber.it/mediateca/libri/m/malatesta/1_anarchia/pdf/malatesta_1_anarchia.pdf.]

pequeño, y b), una polarización política e identitaria entre el yo y el otro, el yo que vive de las relaciones con el otro tanto como muere de ellas, y esto a través de todas las dimensiones del ser humano, de lo más íntimo y lo más personal de sus “facultades”, en la “agregación íntima” de su cuerpo,³ hasta los objetos más lejanos y más impasibles: la *Tierra* (Reclus), el *Cosmos* (Malatesta) y el *Universo* mismo (Bakunin).

El *medio* o el *afuera* de Malatesta —el “*ambiente externo*”—, “necesario” al “organismo” humano (26), puede entonces ser pensado bajo la forma de algo mixto, de algo doblemente mixto en este caso: entre lo lejano y lo próximo, entre el sí mismo y el otro. Por eso constituye un verdadero *medio*, pero en los dos sentidos bastante contradictorios que la lengua francesa da a esa palabra.⁴ Un *medio* que, para ser *justo*, diría Proudhon, no deja de sostenerse —sin repliegue ni moderación— en una tensión extrema entre polos opuestos, tanto más intensa y productiva cuanto más opuestos son ellos. Un medio que no es “otra cosa que (la) naturaleza” (62), la “naturaleza universal” de la que habla también Bakunin: “nuestra madre, que nos forma, nos cría, nos nutre, nos envuelve, nos penetra hasta la médula de los huesos y hasta las más íntimas profundidades de nuestro ser intelectual y moral”.⁵

¿Cómo pensar esas tensiones constitutivas de la vida humana, de lo más grande a lo más pequeño, del otro a sí mismo, de lo más lejano a lo más próximo, en cada individuo, en cada organismo, en esos lugares donde se juegan la opresión y la emancipación, donde el amigo y el enemigo cambian sin cesar de rostro y pueden venir lo mismo de las estrellas y los rayos del sol que de la más “íntima” de nuestras “células” o de nuestras “facultades”?⁶

La fuente de este ensayo de Daniel Colson es *L'anarchisme de Malatesta*. Nièvre: At elier de Cr eation Libertaire, 2010. La traducci n fue realizada por Enrique Flores.

El vocabulario de Malatesta

En sus investigaciones semánticas sobre el discurso de los movimientos revolucionarios rusos anteriores a 1914, Michael Confino señala, en relación a los grupos y a las publicaciones anarquistas, la riqueza y la gran diversidad del vocabulario empleado.⁷ Una diversidad que, de manera completamente malatestiana, responde a la singularidad y a las transformaciones incesantes de las situaciones propias de los movimientos libertarios de entonces: naturaleza y condiciones (de enunciación) de los conflictos, autonomía y singularidad de los grupos y los individuos, diversidad lingüística, igualdad, espontaneidad, importancia de los lazos “íntimos”, etcétera.⁸

3 Pierre Kropotkine. *L'anarchie, sa philosophie, son idéal*. Bibliothèque sociale (1896), p. 12.

4 Contrariamente al italiano, que se refiere con claridad al “*medio*” propiamente dicho, con las palabras *mezzo*, *centro*, *met *, y al “*medio*” como recept culo que “envuelve” y que “penetra” (como dice Bakunin), con la bella palabra “*ambiente*”.

5 *Consid rations philosophiques sur le fant me divin, sur le monde r el et sur l'homme* (1908), 245.

6 Kropotkin, *op. cit.*, p. 11.

7 Sobre ese an lisis, v ase “Id ologie et s mantique: le vocabulaire politique des anarchistes russes”. *Cahiers du monde russe et sovi tique*, XXX (3-4), julio-diciembre de 1989, pp. 255-284.

8 *Ibid.*, p. 262.

Esa flexibilidad y esa riqueza del vocabulario anarquista, su voluntad de decir todos los aspectos de un problema y de expresar la singularidad de cada acontecimiento, de cada situación, las reencontramos en la manera en que Malatesta da cuenta de la complejidad de las relaciones entre los individuos y su *medio*, en su uso de una profusión inverosímil de nociones —“amor”, “solidaridad”, “instinto”, “tendencia”, “fraternidad”, “potencia”, “sentimiento”, “voluntad”, “amistad”, “necesidad”, “iniciativa”, “fuerza”, “preferencia”, “capacidad”, “sensibilidad”, “deseo”, “interés”, “simpatía”, “afecto”, “influencia”, “bienestar”, “pasión”, etcétera— que, más allá de su número, tienen todas por características principales: a) el situarse en el terreno del cuerpo, justamente, de lo sensible y de lo afectivo; b) el responderse unas a otras, dando cuerpo así, a su vez, a la “psicología” y a la “fisiología de las sociedades humanas” propuestas en el mismo momento por Kropotkin;⁹ c) el suprimir parcialmente la maldición del lenguaje de la que habla Nietzsche cuando dice que, “en todo esfuerzo de conocimiento, tropezamos con palabras petrificadas, eternizadas, en un choque en que se quiebra más fácilmente una pierna que una palabra”.¹⁰

No se trata pues, aquí, de dar cuenta exhaustivamente de la complejidad y de la riqueza teórica de ese vocabulario —para ello haría falta otro libro— sino sólo, a título exploratorio y de manera limitada, en el marco de una conclusión también provisoria, de seguir algunos hilos de las nociones que usa Malatesta, y de mostrar así, a partir de algunas de ellas, cómo se anudan y dan cuerpo a la idea y al proyecto libertarios.¹¹

“Instinto” y “fuerza”

Los *instintos* y las *fuerzas* son *resultantes*. Como toda cosa y porque son cada vez circunstanciales, nuevas y singulares,¹² esas resultantes implican un origen y una afirmación absolutos (Proudhon) que Malatesta subraya con el uso frecuente (en diez ocasiones) de la palabra *iniciativa* (“*iniziativa*”), pero también con la intensidad de los vínculos que esa palabra mantiene con la noción de individuo (12, 41,

9 *Op. cit.*, p. 15. En el sentido kropotkiniano (y nietzscheano) que hay que darle a la palabra “psicológico”.

10 *Aurora*, 47. “Las palabras nos bloquean el camino”.

11 El punto determinante, que aquí dejamos en suspenso, podría formularse así: por el número y la diversidad de sus conceptos, y por su dimensión explícitamente *afectiva*, el anarquismo de Malatesta, como el de los revolucionarios rusos o más generalmente el de la casi totalidad de los textos libertarios, rechaza la ilusión despótica de toda escena pública que pretenda encerrar al proyecto anarquista en la transparencia, la lógica y la univocidad de las palabras y los argumentos discursivos; en ese lugar de “parloteo” donde, de acuerdo con la fórmula de Hanna Arendt, “la luz de lo que es público lo oscurece todo” (*Vies politiques*. Gallimard, 1974, p. 9). Es lo que, muy precisa y coyunturalmente (pero todo es coyuntura), Malatesta reprocha con realismo, en nombre del sentido práctico, a la utopía totalitaria de los “plataformistas” [o autores de la llamada “plataforma Archinov”]. Es muy precisamente lo que el conjunto del proyecto libertario opone a la totalidad de los órdenes y “sistemas” posibles, desde el momento en que pretenden, por definición, imponerse al carácter infinito del “mundo real” (Bakunin).

12 “Sociales” (*L'anarchia*, p. 11, 24, 25, 31, 34), “rebeldes” (40), “de conservación” (23, 25), “de solidaridad” (31), etcétera.

55), o más directamente todavía, con la de soberanía (“*sovranità*”) (46).¹³ Volvemos a encontrar aquí lo que la noción malatestiana de “voluntad” permitirá sistematizar más adelante.

Pero, a la inversa del absolutismo de ese origen, y como sucede con la *voluntad* o con cualquier otra resultante, cada *fuerza*, cada *instinto* y cada *iniciativa* constituyen igualmente, y sin que exista la menor contradicción lógica, la cristalización y el equilibrio singulares y provisorios de otras resultantes igualmente singulares, inestables y compuestas. Debido a aquello de lo que resultan y que les da cuerpo, las *fuerzas*, las *iniciativas* y los *instintos* se mantienen siempre como potenciales de lo que son en un momento dado, aunque se identifiquen al máximo con su activación circunstancial. *Fuerzas*, *iniciativas* e *instintos* disponen siempre, en sí mismas, de reservas no empleadas e imprevisibles en sus efectos, sin las cuales no son nada, y que el acercamiento genealógico de Malatesta intenta justamente actualizar.

Para ello, Malatesta utiliza una cuarta noción, la noción de “tendencia” (nueve apariciones), una noción intermedia que le permite evaluar y sondear los recursos propios de entidades tan diferentes como los “intereses” y los “deseos” de cada “individuo” (14), las propensiones del “gobierno” a mezclarse en las relaciones sociales (21), o incluso la “tendencia metafísica” y sus “profundas raíces en el espíritu de la mayor parte de los hombres contemporáneos” (10). “*Tendencia* a asociarse y a fraternizar” (30), pero también “*tendencias* antisociales” (50), “*tendencia* a dividirse” (30), a “hacer predominar sus intereses particulares” (38), “a hacer un monopolio de todo en beneficio de un partido dado” (“*tendenza a far di tutto un monopolio a favore di un dato partito*”) (60), o incluso “*tendencia* al no ser” (61), contribuyendo, en el folleto *La anarquía*, a circunstanciar, a pluralizar y a considerar el absolutismo gramatical (y metafísico, diría Malatesta) de las nociones de instinto, fuerza e iniciativa. A la manera de un resorte o de una entelequia de Leibniz,¹⁴ cada tendencia contribuye a relacionar siempre lo que designa —“fuerza rebelde” (40), “instinto de conservación” (23), “iniciativa de todos” (41), “iniciativas (...) de pensamientos” (41)— con la “constitución” (“*costituzione*”) (8, 33, 54),¹⁵ o con el organismo que las produce y les otorga su potencia y su calidad presentes, los “agenciamientos”, diría Deleuze, a partir de las cuales perduran y renacen sin cesar; como lo muestra el ejemplo del gobierno y sus innumerables capacidades de actuar (“ampliar”, “sustraerse”, “imponer”, “hacer predominar”, etcétera):

Eso buscará (el gobierno) instintivamente, como todo cuerpo constituido: ampliar sus atribuciones, sustraerse al control del pueblo, imponer sus tendencias y hacer predominar sus intereses particulares (38).

13 “Abdicación de la iniciativa y de la soberanía de todos” (46). En el vocabulario de Malatesta, tal como se despliega en el folleto *La anarquía*, la “iniciativa” es muy precisamente la cara objetiva, en una situación dada, del futuro concepto de “voluntad”.

14 Sobre esta noción bárbara pero preciosa desde un punto de vista libertario, véase *Petit lexique philosophique de l'anarchisme* (Livre de Poche, 2001). [*Pequeño léxico filosófico del anarquismo*. Trad. Heber Cardoso. Buenos Aires: Nueva Visión, 2003.]

15 Seguimos qué la traducción más antigua del folleto, menos buena desde el punto de vista del estilo pero en general mucho más fiel al vocabulario de Malatesta. [Para la traducción castellana, partimos de la versión francesa, aunque consultando también la versión italiana original. Véase la nota 3.]

Al sostenerse en las composiciones de fuerzas que las producen (los “cuerpos constituidos”) y, a través de ellas, el “fondo” (25) de donde surgen todas las cosas, las nociones de fuerzas, iniciativas, tendencias e instintos (a las que podrían agregarse las futuras y singulares *voluntades* de Kropotkin y Malatesta) permiten, pues, deconstruir el absolutismo y la aparente simplicidad de los actos, los hechos y las individualidades que ellas designan. Permiten actualizar las relaciones y los elementos que las componen y las producen: el gobierno y sus diferentes “órganos” y “funciones” (19), por ejemplo, sus juegos de “amigos” (12) y “co-intereses” (16, 38), o incluso la “voluntad” de Kropotkin como resultante de su “temperamento” y del “fondo de su carácter”, de sus “antiguas *preferencias* por todo lo que es ruso o francés”, pero también del desencadenamiento desafortunado del primer conflicto mundial y de la “funesta *ocasión*” que constituyó su confluencia (con otras muchas otras cosas a las que Malatesta se contenta con aludir).¹⁶

Pero lo que esas nociones autorizan en un principio, tienden después a enmascararlo y a impedirlo, en el absolutismo celibatario de su afirmación. Como todo vientre hambriento (y sordo), cada fuerza, cada iniciativa, cada “instinto de su propia conservación” (23), cada tendencia “a imponer” y a “hacer triunfar sus propios intereses” (23), tiende siempre a ir hasta el final de lo que puede, a abrirse paso a la fuerza justamente, teniendo en cuenta a veces (pero confusamente) las fuerzas y las relaciones más o menos contradictorias de las que resultan, pero sin dejar de pretender imponerse a las otras en la pureza y la soledad de su afirmación subjetiva, sea para destruirlas, para asimilarlas o para evitar ser destruidas o asimiladas por ellas.

Y es entonces (o aquí) que Malatesta apela a una nueva batería (o serie) de conceptos. Conceptos capaces de reintroducir la objetividad y la alteridad de las relaciones de composición de los seres en el absolutismo opresor e ilusorio de las individuaciones, pero sin dejar por ello de enriquecer y complejizar la dimensión subjetiva de la que éstas se valen con tanta inconsciencia y brutalidad. Y ello lo más cerca posible del cuerpo y del organismo humano, en la intimidad de lo que lo constituye, en ese “hogar” subjetivo donde —paradoja del pensamiento libertario, y de acuerdo con la fórmula monadológica de Proudhon— “vienen a reflejarse y combinarse todas las *relaciones de las cosas y de la sociedad*”,¹⁷ o más aún, de manera más oscura, pero más cercana al vocabulario de Malatesta, “esos *hogares* o *reservorios* del movimiento que alimentan las fenomenalidades dispersas en el *medio* que las rodea, y en las cuales una industriosa organización convierte en *actos especiales* las impulsiones *mecánicas* o *simpáticas* venidas de afuera”.¹⁸

“Amor”, “amistad”, “simpatía” y “afecto”

Podemos dejar en suspenso provisionalmente la noción de *afecto* y la relativa ambigüedad de sus significaciones: amar, pero también afectar y ser afectado, estar enfermo por ejemplo. De manera mucho más unívoca, la *amistad*, el *amor* y la *simpatía*

16 Errico Malatesta. Pierre Kropotkin. *Souvenirs et critiques d'un de ses vieux amis*. Traducción de André Prunier (André Prudhommeaux, 1957), pp. 203, 206. [Colson aborda la discusión de Malatesta con Kropotkin en la sección del libro titulada: “El texto sobre Kropotkin (1931”).]

17 Pierre-Joseph Proudhon. *De la justice dans la révolution et dans l'église* (1932), III, p. 162.

18 *De la création de l'ordre*, p. 271.

tienen como efecto radical, en el vocabulario de Malatesta, no sólo remontarnos a lo que esos estados implican, en el corazón y en el cuerpo de aquellos que los experimentan, bajo la forma de “pasiones” (14, 44, 45, 64) o de “deseos” (14, 26, 44, 47, 73, 75, 78, 80, 81), por ejemplo, que aquí dejamos de lado, sino sobre todo de establecer un vínculo con el otro y con el exterior, con el ser amado o con el objeto de la simpatía. A un acto celibatario vuelto hacia afuera, él mismo extraño a ese afuera, preocupado por su propio movimiento, y muy parcialmente por los mundos que implica, le sigue otra relación muy distinta con el afuera y con el *medio* que aún nos queda por explicitar. Podemos partir para ello de una proposición de Malatesta particularmente esclarecedora y que se puede encontrar en lo que constituye sin duda el corazón de su análisis teórico (véase páginas 26 y 27 de *La anarquía*). He aquí lo que dice Malatesta:

Y por el refinarse de la sensibilidad con el multiplicarse de las relaciones (...), (la) necesidad de vida social, de intercambio (*scambio*) de pensamientos y afectos (*affetti*) entre los hombres se ha vuelto un modo de ser necesario de nuestro organismo, se ha transformado en simpatía, en amistad, en amor, y subsiste independientemente de las ventajas materiales que la asociación produce, tanto que para satisfacerlo se enfrentan muchos sufrimientos de toda clase, e incluso la muerte (26).

Habría muchas cosas que decir acerca de este enunciado. Pero, en lo que se refiere al cuerpo o al organismo, aquí bastará con hacer tres observaciones.

PRIMERA OBSERVACIÓN. Confirma el análisis de Confinio y se refiere al vocabulario empleado, que, en unas cuantas líneas, por su diversidad y su acumulación de referencias a lo sensible y al cuerpo, marca toda la diferencia con el vocabulario del marxismo revolucionario, por ejemplo. Más que de una diferencia, se trata de un abismo y de una ajenidad que pueden calificarse de absolutos. Para verificarlo, basta confrontar el folleto de Malatesta con un opúsculo comparable en sus temas y sus objetivos, *El Estado y la revolución*, de Lenin, que —muy cercano, aparentemente, al anarquismo (citado ahí muy a menudo)— reúne un gran número de textos de la tradición marxista (Marx y Engels principalmente, pero también varios “renegados” y “filisteos” rusos y alemanes).¹⁹ Sin que sea necesario hablar de “hormigas” y de “abejas”, ni por supuesto del “organismo humano”, o de nociones tan incongruentes (para el discurso marxista) como “amistad”, “afecto”, “amor” o “simpatía”, ninguno de los conceptos del anarquismo de Malatesta, incluso los más generales, los más neutralizados y los más a menudo utilizados, como el de “solidaridad” (34 apariciones), por ejemplo, está presente, que yo sepa, en un opúsculo sin embargo tres veces más extenso y que reúne la mayor parte de los textos marxistas que tratan

19 Se trata para Lenin —en 1917, en Rusia, en medio del entusiasmo y bajo la presión de una situación revolucionaria— de retomar, contra la socialdemocracia (alemana principalmente), las posiciones anarquistas, pero vaciándolas de toda voluntad libertaria y manteniéndolas firmemente en la jaula de cristal del marxismo. Sobre esta capacidad del marxismo (de la Comuna de París a la “revolución cultural” china) de estar a la vez muy cerca y muy lejos del anarquismo, según lo exija la situación, me permito remitir a mi texto: “Lecturas anarquistas de Spinoza” (*Réfractations*, número 2, verano de 1998).

el mismo tema.²⁰ A pesar de las apariencias, no es seguro que Lenin y Malatesta hayan tenido la necesidad o la voluntad de hablar de la misma cosa. Pero es seguro, en cambio, que su manera de hablar es radicalmente diferente y que esa diferencia en las palabras remite a una diferencia de enfoque, o de “método” diría Malatesta (véase página 54 del folleto, y siguientes), también radical. De una parte, tenemos un acercamiento histórico y dialéctico donde todo se hace solo, necesariamente, a través del movimiento inflexible e ineluctable de la historia, con sus “masas” anónimas, sus “partidos”, ortodoxos o “social-chovinistas”, sus “Estados” que ya no son Estados, etcétera.²¹ De la otra parte, tenemos un acercamiento genealógico y topológico donde Malatesta (con Kropotkin) escruta la “constitución” (8, 33, 54) del cuerpo humano, actualiza y se adentra en las fuerzas y relaciones que, en la riqueza y la complejidad del organismo, unen y combinan lo más íntimo y lo más amplio. “A un grado eminente de intensidad y de extensión” (25), nos dice Malatesta.

SEGUNDA OBSERVACIÓN. En esa corta cita, Malatesta distingue por lo menos dos estadios (o dos estratos) de la “constitución” humana, dos modalidades de “asociación” o de “vida social”, o más precisamente aún, dos “modos de ser” que involucran de maneras distintas al cuerpo. Por un lado, las “ventajas materiales que la asociación produce” en el cuerpo, sin ninguna duda, pero de manera mecánica, exterior y grosera, y en un organismo igualmente grosero y particular, reducido a exigencias elementales en sus relaciones con el afuera: el alimento, la seguridad, la relación de fuerzas. Por otro lado, no *ventajas espirituales* por ejemplo, ventajas *morales* o *ideales* por oposición a la “materialidad” de las primeras, sino un agenciamiento material y corporal distinto, capaz de “refinamiento” y “sensibilidad”, de “afecto”, de “simpatía”, de “amistad” y de “amor”. Hay ahí otro cuerpo, tan diferente (“*tanto che*”) y con “necesidades” tan nuevas que “satisfacerlo” (“*soddisfarlo*”) puede llevar a los seres humanos, contra toda expectativa, a oponerse directamente a las exigencias del primero, a no dudar por ejemplo, por “amor”, a “enfrentar muchos sufrimientos de toda clase, e incluso la muerte”.

TERCERA OBSERVACIÓN. Se desprende de la precedente. Gracias a la singularidad de su “medio”, el ser humano tiende entonces a poseer dos cuerpos o dos “organismos” (por lo menos).²² Como para cualquier otra entidad (o “resultante”, o individuación), esos dos cuerpos o esas dos dimensiones del organismo humano implican “relaciones” igualmente distintas. En el primer cuerpo, el de las “ventajas materiales que la asociación produce”, se tiene que ver con relaciones que conciernen a la “animalidad” (27) o la “bestialidad” (26). Por bestialidad no hay que pensar aquí de entrada en la crueldad compleja del león que aprovecha su fuerza para apropiarse de una

20 Sólo unos días antes de su muerte, en unas notas redactadas apresuradamente (llamadas “el testamento”), Lenin es llevado a renunciar a todo el teatro de sombras del “materialismo histórico” y a tratar de tomar en cuenta, aunque vanamente, a la manera de Malatesta, la psicología y el “temperamento” de los dirigentes bolcheviques que se disputaban el poder.

21 Para tener una idea de los milagros y del refinamiento lingüístico de la dialéctica, consúltese, siempre a propósito del Estado, los análisis de Étienne Balibar: “La rectification du Manifeste communiste” (en *Cinq études du matérialisme historique*. Maspero, 1974).

22 De manera metafórica, a la manera de los diferentes “cerebros” (reptiliano, etcétera) de los naturalistas.

presa y disputarla a sus congéneres. Para Malatesta, como lo hemos visto, hay que pensar más bien en otras especies “sociables” mucho más rudimentarias (desde el punto de vista de los afectos), como las abejas y las hormigas, “solidarias entre individuos del mismo hormiguero o de la misma colmena”, pero “indiferentes hacia las otras comunidades”, incluidas las “de su especie” (27). En ese primer estrato del organismo humano, ahí donde cada uno (especie, comunidad o individuo) “lucha” por “su propia conservación” y “contra los otros” (24), los individuos se contentan con aprovechar las “ventajas materiales” que les da su “asociación” (26), de manera exterior e inmediata, al modo del “derecho de aubana” denunciado por Proudhon²³ o de los efectos aleatorios de la *mano invisible del mercado* (ese ajuste interno de la colmena humana), o incluso de las distintas teorías utilitaristas y del darwinismo vulgar que combate Kropotkin; en un mundo en donde, como denuncia Malatesta (contra el espíritu de su tiempo), “toda lucha directa por conquistar ventajas, independientemente de los otros hombres o contra ellos, contradice la naturaleza social del hombre moderno y tiende a rechazarlo hacia la animalidad” (27).²⁴

A la simplicidad mecánica y y grosera de ese primer tipo de relación y a sus “instintos” tan particulares (“conservación de la especie”, “conservación” de cada individuo) (23), la humanidad le sustituye y le superpone otro organismo, otras relaciones y otras resultantes (el “instinto social”, por ejemplo), sobre las cuales la cita de Malatesta ofrece una última explicación, a través de la noción de “afecto” (4 apariciones).

Por estar ligado a un “refinamiento de la sensibilidad”, el “medio externo necesario al hombre” y a su “organismo” se transforma en “intercambio de pensamientos y afectos”. Nos equivocáramos al reducir esta última fórmula a una simple y vaga observación más o menos sentimental y humanista (de la que no se pueden imaginar los sarcasmos que hubiera podido suscitar en Marx o en Lenin). La palabra “afecto” (“*affetto*”) debe ser tomada en el sentido fuerte de su origen latino (“*affectus*”) y del uso que hace de él Spinoza en la *Ética*, por ejemplo. Es porque se ha vuelto “sensible” (“*sensibili*”) al otro, pero también a sí mismo, a sus sensaciones y a sus emociones internas (ganas de llorar, de reír, pérdida de consciencia, dolor de estómago) que el organismo humano puede mantener con el otro relaciones de “afecto”, y aceptar para sí mismo el “sufrimiento”, por ejemplo, esa forma particular de “afección”, e incluso la experiencia última que constituye la “muerte”. En el vocabulario de Spinoza, se dirá que se vuelve capaz de *afectos*. Y ello de dos maneras: a) se vuelve

23 *Qu'est-ce que la propriété?* (Rivière), p. 272.

24 Para un análisis más fino de las relaciones entre el pensamiento de Kropotkin y el de Darwin, véase, además del libro de Michael Confino (*Anarchistes en exil*, 1995), el de Vinciane Despret, *Bêtes et hommes* (Gallimard, 2007). La riqueza del análisis etológico de Malatesta reside en esto: las multiplicidades y las estratificaciones de los “organismos” y los “instintos” no funcionan de manera distinta y mecánica. Se encabalgan y se contaminan sin cesar, incluidas aquellas que parecen retroceder a “constituciones” más antiguas, muy frecuentemente de manera catastrófica (desde el punto de vista de la emancipación). Corredores de bolsa y agentes económicos bien pueden regresar al estado de la abeja y de la hormiga; esa “constitución” más antigua no cesa de ser invadida y modificada por determinaciones más recientes: el raro apetito de los lobos y otros cazadores-predadores, sin mencionar todas las “perversiones” (sexuales, por ejemplo) de las que el ser humano ha llegado a dotarse en el transcurso del tiempo.

capaz de afectar a los otros organismos humanos, ya no solamente apropiándose los o utilizándolos como objetos o como instrumentos, sino *tocándolos* en su propia “sensibilidad”, diría Bakunin, porque ellos se han vuelto también más sensibles, o sencillamente, por lo que se refiere a los no humanos, porque su sensibilidad (de planta, de paisaje, de animal) se vuelve ella misma sensible al hombre, capaz de afectarlos; b) de donde surge una segunda dimensión del afecto, no sólo de afectar a los otros sino de ser afectada por ellos, punto determinante en el vocabulario y el pensamiento de Malatesta, que permite comprender la revolución que el segundo organismo humano introduce en relación al primero. En el interior del medio humano, no se trata ya solamente de establecer una asociación exterior, por simples “ventajas materiales”. Como los conceptos de *simpatía*, de *amistad* y de *amor* permiten establecerlo, las relaciones entre individuos dejan de ser relaciones puramente utilitarias entre entidades simples y separadas, exteriores las unas a las otras, y últimas en aquello que las constituye, sobre el modelo atomístico del individualismo moderno.²⁵ Dejan de obedecer a simples intercambios funcionales, exteriores y disimétricos (sujeto-objeto, vendedor-comprador, gobernante-gobernado, propietario-locatario, profesor-alumno, marido-mujer, etcétera), en los que cada uno es a la vez instrumento y agente del otro, pero también instrumento y agente programado (por su “instinto”) de la comunidad, de la colmena o del hormiguero (o del *mercado*). Y esto a la manera de los “órganos” y las “funciones” del gobierno por ejemplo (19), de los “gendarmes”, los “legisladores” y los “verdugos” (15), pero también de los sabios-asesinos-de-conejos de Bakunin,²⁶ de la hormiga-soldado que vigila sin conmoverse las entradas de su hormiguero, del cadenero del centro nocturno o del empleado de banco que se esfuerza, de manera igualmente funcional y sin consideración alguna, en vender un seguro de vida. A las modalidades de una asociación estrictamente exterior, el “modo de ser necesario” al “organismo” humano le añade y superpone una asociación interior —por “interpenetración”, dice Gabriel Tarde—²⁷ que transforma sin cesar a los seres asociados, los inscribe en nuevas entidades colectivas más o menos sensibles a su vez a los otros, a las situaciones, a los acontecimientos, a la manera de las agrupaciones o los sindicatos libertarios, por ejemplo, ahí donde, como dicen incansablemente los líderes obreros la asociación comienza por asegurar las necesidades más elementales de los obreros, antes y al mismo tiempo que da nacimiento a otro mundo y a otro cuerpo emancipados y radicalmente diferentes. Ahí donde, como escriben Pouget y Griffuelhes, y en los mismos términos que Malatesta, la clase obrera, de una “masa de materia inerte que padece los impulsos que le son transmitidos desde afuera”, se transforma en “organismo” y en “fogón de vida”, en

25 Es aquí donde descubrimos todo lo que puede separar al anarquismo del utilitarismo: una tentativa de tomar en cuenta a los afectos y al otro (el sufrimiento animal, por ejemplo, para el anti-especismo), pero detenido y encriptado en la ficción idealista y moralizadora del individuo moderno; un callejón sin salida que Malatesta (siguiendo a Kropotkin) sustituye por otra vía completamente distinta, la de la ética y la etología.

26 En otra parte del libro, Colson alude a la “individualidad viva”: “a la manera de tal o cual conejo singular transformado en “conejo en general” bajo el escalpelo de esa otra generalidad-funcionaria en que se ha convertido la “individualidad viva” del naturalista”. Y refiere a la obra citada de Bakunin, p. 395.]

27 *Monadologie et sociologie* (Les Empêcheurs de penser en rond, 1999), p. 56.

“aglomerados vivos y vibrantes”, en “sobreabundancia de vitalidad”.²⁸ Ahí donde el “sindicato”, “tribuna” y “eco” de las “preocupaciones íntimas” del trabajador,²⁹ permite a “la clase obrera” “*afinarsé*”, “adquirir una sensibilidad más grande”.³⁰

El anarquismo de Malatesta

En la conclusión de su libro sobre el movimiento makhnovista, escrito en 1921, tras el aplastamiento de la insurrección libertaria ucraniana,³¹ fue Archinov —precisamente el principal redactor de la futura “plataforma”— quien ofreció una de las mejores definiciones del anarquismo, de su enfoque y de su proyecto:

Proletarios del mundo entero, desciendan a sus propias profundidades, busquen ahí la verdad y créenla; no la encontrarán en ninguna otra parte (...). Ahí donde las masas trabajadores (...) cultivan el amor de la independencia, ahí donde acumulan su voluntad de clase, ellas crearán siempre *sus propios* movimientos socio-históricos, actuarán según *su propia voluntad* [*leur propre gré*]. Esa es la esencia de la *makhnovstchina* (Archinov, pp. 388-389).

“Voluntad de clase”, “independencia”, “propio movimiento”, “propia voluntad”, “descender a sus propias profundidades”, ahí donde reside toda potencia “creativa”. En unas cuantas palabras y a partir de una experiencia colectiva tan singular como la *makhnovstchina* (que le da su nombre propio), Archinov cristaliza y recoge también la “esencia” de lo que hemos intentado sacar a la luz en este libro: la nueva ontología de Proudhon y Bakunin, la manera en que cada cosa lleva en sí misma su propia “ley”, su propio “*substratum*”; el pensamiento sindicalista e individualista de la autonomía necesaria para todo desarrollo libertario; y por supuesto, el enfoque genealógico de Malatesta, su esfuerzo práctico y teórico por volver sin cesar a las “fuentes” [*sources*] y a los recursos [*ressources*] de la acción y del pensamiento anarquistas.

Al carácter abrupto y misterioso de las “profundidades”, ahí —y únicamente ahí— donde clases, masas e individuos pueden descubrir su “verdad” emancipadora, su “voluntad” y su “amor a la independencia”, Malatesta le da, treinta años antes y siguiendo a Kropotkin, una razón y una historia cuya complejidad y riqueza hemos intentado muy parcialmente mostrar, y que podrían resumirse en tres lemas o consignas (diría Archinov) que nos servirán de conclusión:

1) Descubrir —a la manera de los arqueólogos, o de Nietzsche, ese otro gran psicólogo— las estratificaciones y la complejidad infinitas de las fuerzas constitutivas de los seres: las “pasiones” y los “temperamentos”, los “afectos” y las “capacidades”, las “necesidades” y los “sentimientos”, los “amores”, las “simpatías”, los “deseos”, las “voluntades”, las “tendencias” y otras “fuentes” innumerables de lo que podemos.

2) Mostrar cómo esa historia y esa razón confusas y caóticas de los “organismos”, de las “constituciones” y de los “instintos” propios de la especie humana, o más precisamente del “medio” humano, no funcionan nunca de manera ordenada y

28 Émile Pouget, *L'action directe* (1910), pp. 28, 4 y 8.

29 Victor Griffuelhes, *L'action syndicaliste* (1909), p. 30.

30 Émile Pouget, op. cit., p. 20.

31 Piotr Archinov, *Le mouvement makhnoviste* (1921; Béliabaste, 1969).

clasificatoria, exterior, mecánica, causal y sucesiva (a través del progreso). Mostrar, al contrario, cómo se encabalgan, se mezclan, se componen y se complejizan sin cesar, para bien y para mal, permitiendo a la vez comprender las posibilidades infinitas de inventar un mundo emancipado, pero también, mucho más negativamente, comprender las catástrofes y el caos de los que son igualmente capaces, la manera en que los diferentes “instintos”, por ejemplo (sociales, sexuales, antisociales, etcétera) pueden dar nacimiento a una multitud de complejos, perversiones y razones para actuar, a la vez primitivas y refinadas, naturales y culturales, que apelan lo mismo a los dispositivos y recursos más arcaicos que a los agenciamientos, fuerzas y artificios más recientes.

3) Proponer una concepción de la acción revolucionaria en la que no se trate ya, sobre todo, de decir y prever el futuro, de encerrarlo en la pobreza irrisoria de un programa, un partido y un proyecto utópico que pretende hacer tabla rasa del pasado, sino al contrario, de volver a las fuentes de lo que somos y lo que podemos, a las “profundidades” de sí mismo de las que habla Archinov. Origen sin cesar recommenzado de lo que puede ser lo humano, la anarquía emancipadora, tal como la piensa Malatesta, no opera ya más allá, sino más acá del medio necesario a la vida. Opera en ese sitio donde, de múltiples maneras, por la acumulación y el encabalgamiento de los “instintos” y las “constituciones”, pero también más trivialmente, por “los medios de comunicación, la costumbre de los viajes, la ciencia, la literatura, el comercio, las guerras mismas” (32), los seres humanos han adquirido “la posibilidad (...) de asociarse a un número siempre creciente de individuos”, dentro de “relaciones infinitas” (“*rapporti infiniti*”) (44), “siempre más íntimas y complejas”, “hasta extender la asociación a toda la humanidad, a toda la vida” (26).